



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq
ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Vol XIII, número 1, jan-jun, 2021, pág. 380-408.

ACADÉMICAS MEXICANAS FRENTE A LA PANDEMIA. MIRADAS DESDE LA AUTOETNOGRAFÍA.

Mercedes Blanco
Jennifer Cooper
Eugenia Martín Moreno
Emma Liliana Navarrete López
Edith Pacheco
Dinah María Rochín Virués
Addis Abeba Salinas Urbina
María Eugenia Valdés Vega

Resumen

La llegada de la pandemia, causada por el COVID 19, trastocó nuestras vidas e impactó nuestro trabajo académico. El Seminario de Narrativa del Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social (CIESAS), -fundado en 2014-, donde puntualmente nos reuníamos cada mes, se vio interrumpido temporalmente y, cuando lo retomamos de forma virtual, surgió la necesidad de expresar el cúmulo de emociones que anidaba en cada una de sus integrantes. Decidimos reorientar el trabajo grupal y redactar textos breves, de corte autoetnográfico, que dieran cuenta de nuestras vivencias particulares en esta etapa histórica de nuestras vidas. Este texto colectivo es el resultado de dicho ejercicio.

Palabras clave: COVID, pandemia, autoetnografía, relatos personales, México.

Abstract

The arrival of the pandemic caused by the CORONA 19 virus disrupted our lives and impacted on our academic work. Our Seminar, founded in 2014, which promptly met every month in the *Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social* (CIESAS), was temporarily interrupted. When we resumed it on line, we realized that we needed to express the accumulation of emotions that each of us harbored. We decided to reorient our program of group work and write short texts, of an autoethnographic nature that would reveal our particular experiences in this historical moment of our lives. This text is the result of this collective exercise.

Keywords: CORONA19, pandemic, autoethnography, personal stories, Mexico.

Resumo

A chegada da pandemia, causada pelo COVID 19, transtornou nossas vidas e impactou nosso trabalho acadêmico. O Seminário de Narrativa do Centro de



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Investigações e Estudos em Antropologia Social (CIESAS), fundado em 2014, onde potualmente nos reuníamos cada mês, se viu interrompido temporariamente e, quando o retomamos de forma virtual, suegiu a necessidade de expressar o cúmulo de emoções que inundava cada uma de seus integrantes. Decidimos reorientar o trabalho grupal e redatar textos breves, de corte autoetnográfico, que deram conta de nostas vivências particulares nesta etapa histórica de nossas vidas. Este texto coletivo é o resultado do exercício.

Palavras-Chave: COVID, pandemia, autoetnografia, relatos pessoais, México.

La mayoría de las personas, no pudimos imaginar la magnitud de la tragedia que se cernía sobre nosotros, cuando en el último día del año 2019 los noticiarios empezaron a dar cuenta de un virus desconocido que afectaba gravemente la salud respiratoria de los infectados. Las noticias de los contagios, circunscritas inicialmente a un lugar tan lejano como Wuhan, China, parecía un acontecimiento dramático pero ajeno a nuestra cotidianeidad, en México. Cuando el gobierno chino decretó una rígida cuarentena para sus pobladores, confiamos en que estaríamos a salvo.

Sin embargo, en este mundo globalizado, rápidamente fuimos enterándonos de la aparición nuevos casos (primero en Asia y luego en Europa) hasta que el 21 de enero se informa, oficialmente, la llegada de la enfermedad al continente americano con el primer caso detectado en los Estados Unidos y, el día 28 de febrero se conoce el primer contagio en México, a partir de un hombre que había viajado a Italia. Ese mismo mes, la Organización Mundial de la Salud (OMS), impone el nombre de COVID-19 al nuevo patógeno: Con asombro, fuimos reconociendo la imagen de un virus con múltiples espigas que facilitan su alojamiento en varios sistemas del organismo humano. La evolución de los contagios, a nivel de los continentes, se torna exponencial y para el 11 de marzo, la OMS declara al virus como una pandemia mundial y a Europa se le ubica como el epicentro.

A partir de entonces, ¡la vida cambió!

Para quienes ejercemos la docencia en instituciones de educación superior, las clases quedaron abruptamente suspendidas. Si bien la suspensión de labores



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

fue un acontecimiento inesperado, tal vez el desconocimiento —o nuestra ingenuidad— nos llevó a tomarlo como un hecho pasajero y hasta como un breve descanso que terminaría en unos cuantos días. Pero la alerta sanitaria no solo no terminaba, sino que se acompañó de un cierre masivo, oficial, de todas las empresas no esenciales, con todas las consecuencias económicas y sociales que esa paralización conlleva.

Un punto muy destacable es la forma en como el miedo se fue apoderando de gran parte de la población, en la medida que escuchábamos el informe diario de un número de contagiados y muertos, siempre creciente. Eso motivó un aislamiento, relativamente voluntario, acompañado de una grave desconfianza hacia los otros seres humanos, en tanto se consideraba que podrían ser “emisarios de la muerte”.

Repercusiones en el Seminario de Investigación Narrativa.

Desde el año 2014 un grupo de mujeres académicas de instituciones de educación superior (la mayoría en activo), bajo la coordinación de la Dra. Mercedes Blanco Sánchez, nos reunimos mensualmente en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Ciudad de México, con el propósito de trabajar escritos personales apoyados en una metodología autoetnográfica, la que implica elaborar “...textos reveladores en los cuales los autores cuentan relatos sobre su propia experiencia vivida, relacionando lo personal con lo cultural” (Richardson p. 209, 2003, citado por Blanco 2012). La llegada de la pandemia interrumpió la construcción de un libro colectivo, justo cuando estábamos discutiendo y enriqueciendo nuestras aportaciones al mismo.

El seminario se suspendió, temporalmente, ante la imposibilidad de reunirnos presencialmente, como habitualmente hacemos. Pero surgió en nosotras la necesidad de reencontrarnos para explorar alternativas a fin de dar continuidad a nuestro trabajo académico. Recurrimos, entonces, a la plataforma de *Zoom* para tener nuestro primer seminario virtual. Aunque hemos logrado avanzar en



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

nuestras actividades académicas, dentro y fuera del seminario, con frecuencia surgían comentarios en referencia a nuestras formas individuales de percibir la pandemia. Ante el mar de emociones que se agitaba dentro de cada una de nosotras, emergió la propuesta de hacer un ejercicio autoetnográfico donde —a través de escritos breves— plasmáramos nuestras vivencias y preocupaciones. Así, oscilantes como olas de diferentes magnitudes, fueron emergieron nuestros testimonios por el encierro, las noches de insomnio, las dificultades para adaptarnos a las tecnologías digitales, la variabilidad en nuestros estados de ánimo, en fin, los diversos recursos que cada una hemos tenido que implementar como una forma de sobrevivir a estos tiempos de incertidumbre. El material que a continuación presentamos es el resultado de ese ejercicio vivencial, el que consideramos importante para forjar un testimonio escrito del tiempo que nos ha tocado vivir. No dudamos en proponerlo, también, como un trabajo que diversos colectivos podrían realizar como una forma de reflexionar, desde la academia, sobre las implicaciones que esta crisis mundial tiene, y tendrá, sobre esa “nueva normalidad” que tarda tanto en llegar.

Fantasmagórico

Mercedes Blanco

Al ver algunas de las escenas televisivas de aquel “grito de independencia nacional”, el 15 de septiembre por la noche, quedé impresionada con la vista de un zócalo prácticamente vacío, todo gracias a la terrible pandemia que ha signado ya el 2020.

A pesar de que no estaban las multitudes de siempre, el Presidente de la República hizo la tradicional arenga de “los héroes que nos dieron patria y libertad”. Me resultó impactante escuchar cómo se formaba eco con cada frase, y algo similar pasó cuando se oía el tañer, primero, de la “campana de Dolores” y luego de algunas de la catedral; sus sonidos no se escuchaban como en años anteriores, sino huecos.



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Y también a pesar de la ausencia del público para ver el espectáculo de los fuegos artificiales, se procedió como siempre. El zócalo se llenó de luces y también de humo blanco y fue ahí, observando esa escena, que se me vino a la mente la palabra fantasmagórico: un zócalo, un festejo, casi un país poblado de fantasmas.

Creo que así me he sentido por seis meses con el “confinamiento sugerido” por las autoridades para tratar de paliar los efectos del llamado Covid-19, o sea, como un ente que no logra adaptarse a las limitantes que imponen las circunstancias. Lo que hay es miedo, incertidumbre, ansiedad, desconcierto y varios otros adjetivos más que podría añadir. Sí, claro, dirá alguien, como millones de personas en el mundo.

Creo que no mucha gente está dispuesta a admitir lo mal que se siente, ¿tal vez es “socialmente incorrecto”?

¿Tendría yo que poner un “perdón” porque no logro ver y, sobre todo, sentir algunos efectos positivos que, por ejemplo, la publicidad reporta, como la creatividad? En fin, a mí la creatividad y hasta la energía en general se me han desaparecido, desafortunadamente.

Consulta a alguien, me dicen algunas personas; ya lo hice. ¿Y? De momento pocos resultados. Aquí tal vez cabría un debate sobre la vieja “fuerza de voluntad” y los condicionantes estructurales, sean estos externos (como la pandemia) o internos (de la psique).

En todo caso hay una lucha de titanes que me está resultando muy desgastante.

Durante la pandemia, me acuerdo

Jennifer Cooper

La idea de adoptar el formato de este texto surgió después de leer a Joe Brainard, un escritor estadounidense, de culto en la segunda mitad del Siglo XX, quien escribió “*I remember*”, con la misma estructura. Más que tejer un relato, las frases plasman un *collage* de recuerdos, emociones e imágenes, en un libre fluir de diversas ideas que entraron en mi cabeza desde mi confinamiento que comenzó en marzo de 2020.



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 - 1441 (Versão digital)

Juan, mi compañero y yo salimos de la Ciudad de México para mayor seguridad y protegernos de los daños del Coronavirus, en tanto que somos adultos mayores Nos cobijamos en Tepoztlán, un pueblo pintoresco a dos horas de la Ciudad de México, en el vecino Estado de Morelos.

Cuando escribí este relato, en octubre de 2020, no habíamos regresado a nuestra casa en la ciudad, ni una sola vez en ocho meses.

Durante la pandemia:

Me acuerdo de la anciana de mi barrio, en la ciudad, que no tiene familia ni teléfono.

Me acuerdo de la frase que se repite *ad nauseam* en la televisión, ¡quédate en casa!

Me acuerdo que las perogrulladas de las economistas y del Presidente, siempre me han irritado.

Me acuerdo que una hippie local y trasnochada que me dijo —qué payasa—, cuando fui a comprar tortillas con mi cubrebocas puesto.

Me acuerdo que Roberto Bolaño escribió que América latina es un manicomio.

Me acuerdo que en el lenguaje, políticamente correcto, no se dice que las personas mayores son dementes, sino que tienen limitaciones cognoscitivas.

Me acuerdo que el año pasado me sentía segura con un futuro feliz.

Me acuerdo que los repiques de las campanas en el pueblo me gustaban y ahora, me causan pánico.

Me acuerdo que antes de la pandemia mi hermano Len estaba vivo. Su hija me habló a las tres de la mañana para preguntarme si quería despedirme de él por teléfono, pero me advirtió que ya estaba en coma.

Me acuerdo que una noche Juan tuvo una pesadilla y me despertó gritando: —Mi mamá está muerta—..

Me acuerdo que Juan y yo deberíamos firmar un testamento de voluntad anticipada. Los imprimí, pero no lo hemos hecho.

Me acuerdo que no pusimos la ofrenda para celebrar el día de los muertos.

Me acuerdo que terminaba mi jornada de trabajo, contenta y orgullosa de mi desempeño al impartir las clases.

Me acuerdo qué tan satisfecha me sentía al terminar de diseñar el curso en línea, sobre la prevención del acoso sexual, y que logré dominar el manejo de la plataforma llamada *Moodle*.

Me acuerdo cuando Juan y yo íbamos al mercado, juntos, los sábados, en el centro de Tepoztlán a comprar a las marchantas verduras frescas y frutas de todos los colores.

Me acuerdo de mi estilista María Elena que cortaba mi pelo y de las visitas a mi dentista japonesa.

Me acuerdo que cuando me miraba en el espejo no me veía como una extraña.

Me acuerdo que Juan tiene cataratas y necesita operarse.

Me acuerdo que antes no conocía a mis vecinas en este pueblo. Hoy una de ellas me trae un queso de garbanzo. Ella es vegetariana.



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 - 1441 (Versão digital)

Me acuerdo que disfruto mucho nadar y caminar por las veredas desconocidas de este pueblo.

Me acuerdo cuando *Zoom*, *Oxímetro* y *Covid* no eran palabras que yo utilizaba. Me acuerdo de anhelaba que llegaran los días para convivir con mi hijo mayor y mis nietos, en la navidad, y gozar los momentos de estar juntos. Ahora los vuelos hacia Australia están cancelados. Me dice por Skype: —Mamá, me dejan salir, pero quien sabe si nos dejen regresar. *Sorry. keep safe*—.

Me acuerdo que las llamadas telefónicas con mi hijo menor me llenaban de alegría. Ahora, que tiene Covid y está en Lombardía, Italia, y siento terror cada vez que le marco. Le acribillo con preguntas: ¿ya te está bajando la fiebre?, ¿te duele la garganta?, ¿la comida tiene sabor?

Me acuerdo que por enésima ocasión me pregunto: ¿Qué futuro se vislumbra para mis nietos?

Me acuerdo de fantasear -cuando empecé a practicar Tai Chi de nuevo- que mi cuerpo iba a recuperar la fuerza y flexibilidad que tuve cuando era adolescente. Me acuerdo que Juan y yo pasábamos horas placenteras recordando viejos tiempos, y amigos viejos. Ahora él me cuenta anécdotas nuevas o inventadas.

Me acuerdo que estamos sembrando hortalizas y verduras chinas.

Me acuerdo que he decidido llamar a mis amigas y familiares de manera sistemática, uno por uno cada día. ¿Se me ocurrió porque en Australia declararon el día de RUOK, que significa *Are You OK* ? La idea es preguntar: ¿Estás bien? Recomendaron hablar cada día a los amigos y vecinos por teléfono, ya que detectaron un aumento en los casos de personas en crisis y ancianos muriendo solos en sus casas

Me acuerdo de las risas de mis amigas en el café de la Selva, en Tlalpan, Ciudad de México.

Me acuerdo que no tengo que hacer colas interminables para los trámites, con los burócratas ineptos en la Alcaldía de Coyoacán

Me acuerdo que Elena Ferrante ha escrito una nueva novela y siento ansias de leerla.

Me acuerdo que debo estructurar el día; tengo que estructurar el día, DEBO ESTRUCTURAR...TENGO QUE ESTRUCTURAR...

Ojo de Venado

Eugenia Martín Moreno

A mi hijo José Emilio

Recuerdo la última salida sin cubrebocas y caretas pero, sobre todo, sin miedo. Era un sábado de mediados de marzo del año en curso, había terminado el trimestre escolar y caminaba con mi pareja por la plaza de San Jacinto en San Ángel, al sur de la Ciudad de México. Despreocupados, admirábamos las



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

pinturas que ahí se exhiben y los puestos de artesanías. Me llamo la atención uno, donde colgaban como racimos, diversos tipos de collares elaborados con cuentas de colores y semillas. Me acerqué y tomé un collar cuyas semillas se llaman “ojo de venado”. *Para el mal de ojo, marchanta. Muy bueno como protección, véalo sin compromiso.* Sentí entre mis dedos la textura de la semilla, sus bordes redondeados y un poco ásperos y no pensé más que en lo bonito que luciría sobre mi pecho. Entre cada semilla se intercalan milagros y vírgenes, por lo que me pareció que además de llamativo, era original. Un reflejo del sincretismo cultural, pensé. Lo compré, y como cuando era niña con los zapatos nuevos, dije: *me lo llevo puesto.* Nunca imaginé que iba a necesitar más que un collar de protección.

Quedarse en casa

Con la finalidad de reducir el contagio y la propagación del coronavirus, responsable de la enfermedad infecciosa COVID-19, se inicia en el país una Jornada Nacional de Sana Distancia el 23 de marzo, que promueve, entre otras medidas, “quedarse en casa”. El tiempo pasa lento y los días se repiten, con la esperanza renovada, de que una mañana amanezca y nos anuncien que ya podemos salir y continuar con nuestra vida normal. Nada más alejado de la realidad, se trata de una pandemia me repito, de consecuencias aún incalculables, no sólo por la letalidad del virus para el que no existe vacuna ni medicamentos, sino porque de manera exponencial se observa el crecimiento de los contagios y los fallecimientos. ¿Qué está pasando? ¿Ante qué nos estamos enfrentando como humanidad?

La casa se vuelve mi refugio en este entorno de gran incertidumbre. Como familia nos organizamos para la provisión de alimentos y otros productos que pensamos se podrán necesitar: gel, cubrebocas, alcohol, analgésicos y limpiadores. Escuchamos las noticias y atendemos las recomendaciones de las autoridades de salud. Hablo con familiares, amigas y vecinas, y me consuela



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

saber que están bien y que el mensaje principal es guardar la calma y cuidarse.

No obstante, percibo como el miedo logra colarse en mi fortaleza mental y emocional y hay días que se instala y amenaza, con la posibilidad del contagio y la muerte, que es certeza absoluta, pero que aparece hoy como posibilidad cercana.

Clases en línea

Los primeros días de mayo iniciamos de forma virtual el trimestre en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). ¿Cómo? Yo he tomado cursos en línea, pero nunca los he dado; ¿cómo se sustituye el aula? ¿la interacción entre profesores y alumnos? ¿cómo usar el pizarrón? ¿qué va a pasar con los exámenes? Mi primera reacción es de pánico. Nos ofrecen varios cursos sobre las plataformas digitales y reconozco lo difícil que me cuesta moverme en estos entornos. Reviso el instructivo sobre ZOOM que se nos ha proporcionado desde la unidad de cómputo de la Universidad, y honestamente me genera más dudas que respuestas. Mi hijo, quien me ve apurada, me dice: *es muy fácil ma, es casi intuitivo, no te preocupes*. Con computadora en mano me explica el “abc” del famoso ZOOM y ensayo una y otra vez para no quedarme perdida en la nube, el primer día de clases.

Hoy, a un mes de terminar este 2020 que he bautizado como “el año de la pandemia”, puedo decir que todas las clases, las reuniones de trabajo y con familiares y amigos las he realizado a control remoto, como en “los supersónicos”, caricatura de mi infancia. El balance, podría decir, es positivo, porque a pesar de las múltiples dificultades y situaciones en donde no me pude conectar, se me fue la señal, se apagó el micrófono, no pude compartir pantalla, entre otras, he aprendido a realizar mi trabajo de otra forma. Aprendí a proyectar la voz a través de una pantalla y a no ver a los estudiantes más que en recuadros con imágenes congeladas. Acepté que mi participación en congresos y conversatorios no podía aplazarse más y me preparé para el diálogo y la discusión en este entorno digital. En suma, nos hemos replanteado como



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

docentes, el concepto de enseñanza y también el de aprendizaje; tal vez, tengamos que replantearnos no sólo la enseñanza, sino la vida misma.

Los cuerpos y los días

En este momento de quietud, hemos recordado nuestro cuerpo, sus partes y sus necesidades. Hemos aprendido a escuchar nuestros órganos que, por el movimiento de la cotidianidad, parecían existir por mera inercia. Ahora es distinto. Aprendimos a escucharnos. Trajimos de vuelta a la memoria el ritmo de nuestra respiración. Ahora contamos los días en aspiraciones y exhalaciones. He aprendido a respirar.

Mi estudio

Desde la ventana se puede ver un cielo amplio, cargado de nubes y apuntalado por gruesos troncos de árboles que parecieran sostenerlo. Observo el puñado de casas que circundan la mía. Imagino vidas que se suceden, disputas enmarañadas, enfrentamientos amorosos.

No había tenido mucho tiempo para ver detenidamente el entorno de mi casa. Descubrí desde el estudio, varias especies de aves que a cierta hora pasan volando muy cerca de mi ventana. Los escasos ruidos de los autos se tropiezan a destiempo. Las voces que llenan la calles, se apagan con el advenimiento de la tarde. Y durante la noche, cuando solamente un par de luces titilan a la distancia, escucho atenta el silencio que inunda el estudio y me obliga a apagar la luz y disolverme en la oscuridad. He aprendido a observar.

El jardín

Atrás de mi casa, hay un pequeño jardín que he construido con el correr de los años. Aquí, en amalgama, se reúne lo aprendido. Aquí, ejercito las



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

respiraciones y cuento los días y las horas. Aquí, junto al pirul y la granada, siembro las semillas de los jitomates y los chiles. Aquí, en un pedacito de tierra se forma, gracias a las torrenciales lluvias, hongos de formas imposibles, que observo curiosa. Aquí, juega mi gato aventurero; en este jardín el también aprendió a construir su anhelado afuera.

Y aquí también, aprendo a cuidar las plantas que crecen y me recuerdan que no somos tan distintas. A pesar de las lluvias, las sequías, las enfermedades, el tiempo sigue pasando y nosotros con él. He aprendido a sobrevivir.

Los vaivenes del encierro (marzo-octubre, 2020, CDMX)

Emma Liliana Navarrete López

Según la Real Academia Española, encierro significa “reclusión de una persona en un lugar, en especial si es de forma voluntaria o si se hace como acto de protesta”. Pero lo que yo vivo a partir de la llegada de la COVID19 a mi ciudad, encerrada, no es ni una decisión propia, ni una demanda para lograr algo, más bien es una reclusión obligada y un aislamiento que a veces es color de sol y otro azul profundo casi negro.

23 de marzo 2020

Es viernes y me llega por correo un comunicado de El Colegio Mexiquense, institución académica en la que trabajo, donde se avisa que “hasta nuevo aviso” se suspenden actividades presenciales, pero que cada uno, desde casa, deberá continuar trabajando de manera virtual con sus alumnos y participando en las tareas colegiadas. Nos envían un manual de cómo usar *Zoom* y *Webex*.

Yo, en ese momento, tomo la noticia con gusto: estaré en casa, tendré más tiempo para trabajar y para hacer cosas en mi nuevo espacio que acabo de remodelar, además no tendré que desplazarme. Con ánimo hago planes sobre cómo me organizaré. No puede pasarme nada, sólo hay 50* hospitalizados por COVID en la Ciudad de México o CDMX como la llamamos.



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

(*Todas las cifras provienen de la página de datos abiertos del Gobierno de la Ciudad de México).

28 de abril 2020

He pasado poco más de un mes sin salir. Por mi casa se oyen muchas sirenas de ambulancias, sobre todo en la noche, me recuerda mucho al temblor que en 1985 destruyó parte de la ciudad y eso hace que mi corazón lata un poco más rápido. Ya hay 2679 hospitalizados en la CDMX. Empiezo a sentir preocupación y tristeza junto con un cansancio acumulado por limpiar la casa, barrer el patio, lavar los platos, levantar los pelos de mis tres perras y así todos los días. Aunque junto con Matías —mi hijo— hemos armado un calendario de actividades en donde nos repartimos a partes iguales las tareas, éstas terminan consumiéndome, consumiéndonos.

Además, revisé los termómetros que tenía en casa, compré un oxímetro, cuatro cajas de paracetamol, gel, cubrebocas y caretas, tratando de prevenir el contagio y, por si nos enfermamos, tener lo necesario para contrarrestar el malestar y vigilar los síntomas, me atemoriza ser parte de la estadística. Descargué también la aplicación del Gobierno de la Ciudad de México sobre la COVID y todos los días, obsesivamente, por la noche, la mañana y la tarde, veo cómo van llenándose los hospitales capitalinos, sobre todo vigilo los que quedan cerca de mi casa. Además, adquirí un nuevo cansancio: de cada cuatro noches, en una tengo insomnio.

Nos enteramos de que murió por el virus el señor que nos surtía la comida de las perras; un hombre de no más de 50 años, con sobrepeso. Aníbal, mi sobrino médico, nos cuenta que estará en el área de atención a contagiados en los dos hospitales donde trabaja. Mi hermana Claudia y yo, en nuestras llamadas constantes no lo comentamos... se nos saldrían las lágrimas.

21 de mayo 2020

Aníbal se ha venido a vivir a un área aislada de mi casa, pues su riesgo de contagiarse y de contagiar es alto. Lo vemos poco y si nos reunimos, tratamos de hacer uso de la *sana distancia*, programa implementado por el Gobierno



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Federal que invita a dejar 1.5 metros de espacio entre la gente. Pero ya estando en confianza, a veces nos olvidamos y nos relajamos y, entonces, esa noche no duermo, pensando que puedo estar infectada, pero a la vez me reprocho por no haberme acercado más a él.

Pero como la vida sigue, el diez de mayo festejamos el día de las madres, sólo Matías y yo. Él compró todos los ingredientes en línea y guisó delicioso de la mano de un chef virtual. Brindamos con una cerveza artesanal llamada, por linda casualidad, como mi mamá: *Julieta*.

Ya hay 4420 hospitalizados en la CDMX. Esta pandemia evidentemente no para. Dicen que uno se acostumbra a todo, pero yo no me acostumbro, y no sé a qué no me acostumbro, pues soy más bien solitaria y en general no salgo mucho, pero aun así estoy cada vez más ansiosa y afligida, y la pesadumbre se multiplica porque cosas que antes hacía con placer —como leer— ahora les he perdido el gusto.

24 de junio 2020

Me confirman que daré un curso el próximo semestre, inicia en agosto. Esto aumenta un estrés a mi día a día. Una querida amiga de El Colegio me pasó varios *tips* que ella utilizó, pues a medio semestre tuvo que pasar a la modalidad en línea. Empiezo a pensar en la clase y a prepararla y, contrario a lo esperado, me la paso bien, esta actividad me consume tiempo y concentración.

¡Volví a leer! Quizá es porque asumo que así será la vida por mucho tiempo y que debo aprovechar mis privilegios del *quédate en casa*.

Este mes bajó el número de enfermos internados en la CDMX, se reportan 3806. Aníbal se volvió a su casa, vive en un cuarto solo, pero cerca de su hija, esposa y la Moca (su perra). Matías ha encontrado su propio ritmo en este encierro. Yo decido animarme. He salido a hacer compras, tengo menos angustia, ya no me ahogo con el cubrebocas y ya no me apena el uso de mi “escafandra” hasta para ir a tirar la basura.



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

25 de julio 2020

Cambié todo el programa que tenía para impartir mi curso, leí nuevos documentos y estoy trabajando en un *power point* con el fin de agilizar la exposición. Con un grupo de investigación en el que participo, semana tras semana vía *Zoom* nos reunimos. Escribimos al alimón un texto sobre el trabajo y el riesgo al contagio. Ha sido una experiencia interesante, de complicidad, de compromiso, de confianza y de necesidad de seguir con la vida. He retomado los textos que tenía abandonados y rescatado los archivos a medio escribir. Estoy poniendo un nuevo orden en mis tareas académicas.

Dejé de oír las conferencias diarias de López-Gatell, el subsecretario de salud.

Se reportan 3419 hospitalizados en la Ciudad de México.

27 de agosto 2020

Mi hermana y mi cuñado se infectaron a principios de mes. Aunque él es quien tiene más síntomas, la que más nos preocupa es ella, pues es fumadora e hipertensa. Están aislados y con medicina. Marisa, mi hermana mayor —que es de altísimo riesgo pues el pasado diciembre casi se muere por una hepatitis— afortunadamente está muy bien.

Ya inicié mi curso en línea, me canso mucho y me tardo un día entero en prepararlo y otro más en ver dinámicas que permitan hacerlo más fluido. Espero que los alumnos lo disfruten y aprendan. Me cuentan que muchos de ellos tampoco la pasan bien.

Compramos un lavavajillas para facilitar el trabajo en casa. Yo aún olvido que ahí está, pero Matías está feliz y ya es experto. Seguimos adaptándonos cada vez más y aprendiendo a cuidarnos y a evitar el miedo. Hay 2900 hospitalizados.

29 de septiembre 2020

He dejado de tener pesadillas de que salgo a la calle y olvidé el cubrebocas, pero por las dudas traigo siempre uno extra en la bolsa y otros más en el carro. He aprendido a alejarme de la gente si no lo trae puesto o lo tiene mal colocado, o a pedirles que se aparten. Antes me daba pena.



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Por primera vez en seis meses vi a mi hermana y a mi sobrina Cecilia en persona, platicamos mucho y sentí como si nunca hubiéramos dejado de reunirnos.

Estoy cosechando lo plantado en marzo, en mi etapa *Walking dead*, como dice mi hijo. Tengo sembrado flor de calabaza, diversas hierbas, jitomate, apio, kale, arúgula, rábanos, chile, lechuga y muchos morrones que pronto podrán cortarse; pero, realmente, yo me siento como *Robinson Crusoe*, anhelando ver el barco que me rescate de esta isla.

Se registran 2594 hospitalizados, y según me dice Lupita, esposa de Aníbal y médica también, esperan más en octubre por el repunte de los que se juntaron por las fiestas patrias.

21 de octubre 2020

Este espiral no para y en el mundo se está recrudesciendo, no hay buenos augurios y yo percibo en mi país un falso triunfalismo que me espanta y me incomoda mucho. El 21 de octubre hay en la CDMX 3751 personas hospitalizadas, y el semáforo sigue naranja, pero “con nuevas restricciones”. Qué paradoja, el naranja ha sido siempre mi color favorito.

Pero no obstante tanta calamidad y desasosiego, yo cada semana tengo una gran felicidad. Julieta, mi sobrina nieta de diez años, cuyos padres no han parado de ir a trabajar y ella no ha parado de tomar clases virtuales, viene con nosotros un día a la semana. Hemos, junto con Matías, estudiado, platicado, jugado, llorado, cocinado, bailado, reído, cosechado y horneado. Al sonar la campana imaginaria de la salida de clases virtuales, la hora de guisar inicia y ella sin chistar se recoge el cabello, se amarra muy apretado un delantal que la hace verse como un fideo y se le iluminan los ojos cuando bate harina con mantequilla, y entonces yo, contra a todas mis creencias, recuerdo y concuerdo con mi tía Pachi que decía: “Dios que es grande cuida de lo pequeño”.



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq
ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

¡Quédate en casa! Una posibilidad que no todos tienen

Edith Pacheco

La pandemia por Covid19 ha impactado en mi vida de distintas maneras ...

El inicio: “Quédate en casa”

Estamos viendo en la computadora al Subsecretario de Salud, Hugo López Gatell, explicarnos qué características tiene la pandemia por coronavirus Sars-Cov2 y, de manera muy enfática, lanzarnos el siguiente mandato: *quédate en casa, quédate en casa, quédate en casa...*

Así que, partir del 20 de marzo de este año, me confiné en casa junto con Javier, mi esposo, y mis perros Heisenberg, Greta y Balu. Javier y yo nos considerábamos parte de los grupos de alto riesgo: yo por tener una enfermedad –síndrome mielodisplásico- y Javier por tener 70 años. Nunca nos imaginamos que estaríamos confinados hasta 15 de octubre, día en que tuve que salir para ir al médico.

Pensar en la pandemia es traer a mi mente, como un búmeran, una diversidad de lecciones aprendidas, algunas amargas, pero otras, sin duda, dulces. Entre estas últimas pude constatar, una vez más, la gran generosidad de mi hermana –Rebeca- durante este periodo. Ella nos ofreció hacer el supermercado por nosotros cada quince días y llevárnoslo a casa. Fue gracias a esta solidaridad que pudimos estar confinados casi siete meses sin salir de casa y no hacer uso de plataformas para comprar los víveres.

Hacíamos una larga lista de víveres y mi hermana siempre nos sorprendía gratuitamente con algunos productos muy pocas veces consumidos por nosotros. Al recibir los productos, realizábamos la tarea, igual que muchas personas, para protegerse del contagio: desinfectar y lavar todo lo recibido. En algunas ocasiones esta tarea nos lleva alrededor de dos horas y es por eso que muchas veces lo hacemos en tandas.



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Organizar nuestras tareas domésticas ha sido otro de los aprendizajes. Javier siempre ha sido un buen cocinero, por lo que todos los días hace la comida y yo me encargo del desayuno y la cena. Estoy consciente de que hay un desbalance en términos del tiempo invertido, especialmente porque, además de cocinar para nosotros, Javier atiende todas las necesidades de nuestros perros. Prácticamente son nuestros hijos y nos gusta mucho convivir con ellos. ¡¡¡Son tan diferentes!!!! Greta y Heisenberg tienen más de 10 años. Ella ya está viejita y muchas veces se pasa todo el día durmiendo, lo que me produce mucha ternura. Heisenberg es el consentido, no puede estar solo y se pasa todo el tiempo cerca de Javier. Balú es un joven con una energía impresionante, ha traído a nuestra vida el dulce sabor de lo nuevo.

No dejo de pensar que el sorprendernos de lo cotidiano, solo se ha podido dar en este contexto de confinamiento.

--Javier a pesar de los cuarenta años que llevamos viviendo juntos creo que nunca habíamos estado tantas horas juntos..

Javier sonríe y yo le pregunto por qué. “Parece una queja”.

--De ninguna manera Javier, de verdad, creo que esta suerte de experimento obligado debido a la pandemia ha sido uno de los regalos mayores. Me gusta estar contigo, desayunar con clama, tomar nuestro café, comer sin prisa y tener tiempo para platicar como nunca.

Hija, ¿ hasta cuándo va a terminar este asunto de la pandemia?

Recibo una llamada de mi mamá –Agustina-, quien tiene 83 años y, hasta antes de la pandemia, admirablemente vivía sola, con un grado de autonomía muy importante.

Agustina: *“Hija, ¿ hasta cuándo va a terminar este asunto de la pandemia”*

-- Mami, tienes que tener paciencia, no debemos salir hasta que el contagio se reduzca y nos permita poder convivir sin el riesgo de contagiarnos.

Agustina: *“¿Cómo es esa cosa?”*

Trato de explicarle qué es un virus, cómo se reproduce y el gran riesgo que correría si saliera de casa sin protección. En la explicación incluyo la



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

advertencia de que hay diferentes grupos de riesgo, entre ellas las personas adultas mayores y las personas enfermas -especialmente aquellas con hipertensión y diabetes. - y por ello debemos de cuidarnos mucho más.

.....

Mi mamá lleva meses perdiendo su cartera, sus credenciales, etc. Mi hermana la ha ayudado a encontrarlas en su casa y mostrarle que ella misma las ha escondido.

Recibo una llamada nocturna. Es mi mamá llorando y diciéndome que entraron a su casa y la robaron. Está en un estado de angustia enorme. Intento que me explique la situación, lo que me hace detectar que es imposible su relato. Logro calmarla.

Se agudizan los momentos de crisis. Un día los policías del edificio donde vive mi mamá le hablan a mi hermana a la 1:30 de la madrugada, mi mamá está en una crisis muy fuerte. Mi hermana se la lleva a su departamento.

Hablo con una amiga y me recomienda a un siquiatra. En su primera consulta, el doctor nos dice que mi mamá ya no podrá vivir sola, el diagnóstico psicosis paranoica. Si llegara a regresar a su casa necesitaría cuidados nocturnos.

Una amiga médica: *“No te preocupes Edith los medicamentos psiquiátricos actuales son muy eficientes”*.

De nuevo la solidaridad de mi hermana. Reorganiza su casa para que mi mamá viva con ella. Ambas, han vivido solas por muchos años, disfrutaban de su independencia, pero la pandemia trae a sus vidas la convivencia forzada. Mi mamá extraña su departamento. Rebe la lleva al departamento cada que salen a la consulta con el psiquiatra, en ocasiones la deja sola algunas horas para que mi mamá pueda encontrarse con su novio.

Los medicamentos hacen su efecto. Actualmente, mii mamá ha podido regresar a su casa. Lo cual ha sido una alegría para todas.

Recibo otra llamada de mi mamá: *“hija ser vieja es muy feo”*.



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Un tumor me saca de casa

En 2019, al estarme secando después del baño, me detecté una pequeña bolita en la espada, no sentía ninguna molestia. En ese momento el oncólogo me dijo que si el tumor no crecía sería mejor dejarlo adentro.

Después de estar confinados varios meses, comencé a sentir el tumor. El miedo por salir de casa hizo que tardara un par de semanas en ponerme en contacto con el oncólogo: *“Tienes que sacarte una tomografía te veo en el hospital en cuanto tengas el resultado”*.

Resultado: el tumor ha crecido 8 cm. ¡Hay que extraerlo!

Llevo 8 días de operada. Rasparon una vértebra y quitaron un pedazo de músculo para poder sacar el tumor. Tomo alrededor de 15 pastillas y mantengo una sonda para drenar. Existe una elevada probabilidad de que el tumor sea benigno.

Pero, insisto, los cuidados de Javier y de Rebe son el regalo de la vida, en este contexto de pandemia.

La imposible normalidad

Dinah María Rochín Virués

Me cuenta mi hija que Dhanna, mi nieta de dos años, ha comenzado a preguntarle a quien aparece: *“¿Tú, que piensas de la vida?”*. La única ventaja que encuentro en el hecho de no haberla visto -desde hace al menos hace un par de meses- es que no me he visto precisada a responderle que: ¡la vida es muy aburrida!

En plena pandemia nació su hermano Diego, mi segundo nieto. No puedo decir que lo conozco; apenas lo he visto unos breves minutos, ante el temor exacerbado de su madre, ante un posible contagio.

En mis frecuentes despertares a media noche -algo nuevo y molesto respecto a mi antiguo patrón de sueño-, llego a cuestionarme si esto es solo una larga pesadilla de la que estoy a punto de despertar. ¡Pero no!, en cuanto alcanzo un nivel aceptable de conciencia me percaté de que, como en el maravilloso cuento de Augusto Monterroso, *“El Dinosaurio”* (en su versión con púas)- *“todavía está aquí...”*

Han pasado demasiados meses desde que comenzaron las primeras medidas de restricción. Al principio, con un cierto grado de incredulidad, alimentada por



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

las contradicciones en las redes sociales pero, también con un gran sentido de responsabilidad mucha gente asumió el confinamiento en sus casas. Yo, siempre tan callejera, acepté resignada. Las primeras semanas extrañaba mucho la rutina cotidiana de ir a la universidad, interactuar con mis estudiantes, convivir e intercambiar opiniones y sentimientos en mis grupos de prácticas con adultos mayores, ver a la familia y a las amigas, etc. Por otra parte, la interacción de veinticuatro horas diarias con mi compañero, Jorge; me abrumaba un poco pero lo resolvíamos con series de Netflix o con breves tomas de sol, en nuestro diminuto jardín, a fin de compensar la vitamina D, de la que nos privaba el encierro.

Ante la emergencia, prescindimos durante varios meses de la persona que nos apoya en la casa y nos vimos obligados a compartir, ¡por vez primera!, las interminables labores del hogar. Confieso que llegué a tomarle un cierto gusto a la cocina: empecé a preparar ricos platillos, a experimentar nuevas recetas, a intentar mejorar nuestra dieta con un mayor consumo de verduras y sentirme, curiosamente, responsable de cuidar nuestra salud y nuestro entorno.

Se ha dicho que la pandemia ha permitido a la naturaleza tomarse un respiro, frente a sus terribles depredadores: los humanos. Tuve la oportunidad de atestiguarlo cuando mi enredadera de pasiflora se llenó de pequeñas mariposas anaranjadas y los gorriones comenzaron a cantar por las mañanas, cerca de las ventanas. En una escapada compré algunas flores y hierbas de olor, cuyo aroma alegró el ambiente y convocó a nuevas aves. Entonces aparecieron pajaritos de cabezas encendidas, de color rojo, y dos policromados colibríes que, con su rápido aleteo parecían intentar comunicarnos que la vida y la belleza aún estaban exactamente frente a nuestros ojos. Pusimos platos con alpiste para alimentar a los gorriones y bebederos de miel para los colibríes y, así, disfrutábamos los días de sol en contacto con lo más simple y valioso de nuestro convulsionado mundo.

Sin embargo, el tiempo de aislamiento se fue alargando, en semanas que se tornaron meses. Ahora, las aves han iniciado su migración hacia lugares más propicios.

De súbito, mi patio recobró su verdadera dimensión de escasos metros, a la vez que mi naciente carrera de chef, comenzó a quedarse sin ideas. Tuve que aceptar que estaba inmersa en un moderado nivel de depresión. Me di cuenta de que me quedaba sentada, largos ratos en un sillón, jugando dominó con contrincantes desconocidos. Prendía la televisión sin prestar atención a la trama ni a las noticias y, frecuentemente, me quedaba dormida. Sabía que era necesario replantear mi labor docente de forma diferente pero no lograba la



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

concentración ni la motivación necesaria para dedicarme al trabajo académico y casi que a ningún otro...

El regreso a las labores cotidianas

Llegó agosto, ¡cinco meses después del comienzo de la contingencia! Con el inminente inicio de clases en la universidad tuve que enfrentar el reto urgente de desarrollar ciertas habilidades tecnológicas, largamente pospuestas. Tomé cursos de aplicaciones como Zoom y Classroom para hacer frente a una imposible “nueva normalidad” de las clases, la que se contrapone con mis largas décadas de experiencia docente. Inicié el semestre con múltiples fallas y tropiezos; debo agradecer a mis alumnos su paciencia y su apoyo.

A estas alturas creo que me muevo con un poco más de soltura en las clases virtuales pero extraño, profundamente la cercanía de los jóvenes, mis grupos de la tercera edad, y el contacto humano que considero parte esencial del proceso educativo.

Siento una gran preocupación por las personas adultas mayores, quienes eran beneficiarias de nuestras prácticas. Muchos de ellos están sufriendo el alejamiento –por no llamarlo abandono– de sus parientes. Estamos intentando trabajar con ellos, de forma virtual, pero muy pocos cuentan con las herramientas mínimas de comunicación como un teléfono celular y un *whatsapp*. Los contactamos con llamadas telefónicas y me conmueve, profundamente, el que varios de ellos nos comenten que esperan ansiosos nuestra llamada, con la que se rompe el silencio de varios días sin voces familiares. Trato de entender el profundo dilema que enfrentan las personas entre el temor al contagio y el mantenimiento de los lazos familiares, pero me duele la sensación de soledad que algunos expresan y, muchos otros, callan.

Mi hija mayor -quien radica en Barcelona- estuvo de visita en México preocupada por nosotros y por la posibilidad, real, de un adiós que pueda ser definitivo. No nos fue posible disfrutar, como en otros tiempos, de la pluralidad de cultura que ofrece la Ciudad de México. En nuestras escasas salidas, no paré de rociarnos las manos con desinfectante y, para su tranquilidad, más que para la nuestra, nos proveyó de unas caretas protectoras que me hacen recordar viejas películas de ciencia ficción. Justo antes de irse, compartimos la elaboración de la ofrenda tradicional de muertos para nuestros familiares y amigos que han partido, agradeciendo que nadie cercano a nuestros afectos haya sucumbido ¿aún?, víctima del grave mal que agobia al mundo.



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Más allá de la emergencia

Siento que esta pandemia, por encima del problema de salud, ha tornado visible lo mejor y lo peor de nuestra especie. Mientras que el personal de salud arriesga la vida atendiendo enfermos o, personas solidarias se organizan para proveer víveres a quienes se han quedado sin recursos, otras muchas anteponen su seguridad e incluso su comodidad para el “*work office*”, exigiendo el retiro de vendedores y músicos callejeros –todos en busca de una moneda— para que estos no interfieran, con sus tristezas, sus horas de trabajo o de descanso.

Personalmente, siento un gran desasosiego al pensar en todas las personas que han perdido sus empleos o que trabajan en condiciones de explotación, mucho peores que las anteriores; por aquellos que han sufrido la enfermedad y sus secuelas y quienes han perdido a familiares y amigos. Aunque, actualmente, me esfuerzo para que las noticias cumplan una función de ruido blanco, no logro sustraerme de la información que da cuenta de una violencia desbordada al interior de las familias, los niños en orfandad o el incremento de embarazos adolescentes. En un entorno, más amplio, nos estamos enfrentando a una delincuencia sin control, a la insensibilidad de las grandes empresas, a la rapiña de los comerciantes y a la torpeza de los gobiernos del mundo para paliar tantas desgracias humanas.

Cuando esta emergencia quedé atrás y los libros de historia ya den cuenta de ella, me pongo a imaginar ¿qué enseñanzas habrá traído a nuestro mundo?

La vida, tal como hoy la percibo, pareciera haber perdido el rumbo o, quizás, es simplemente que yo aún me resisto a adaptarme a esta “imposible normalidad”.

Mes de Noviembre en el fatídico año 2020

Mi trayectoria académica envuelta, aun en casa, por la pandemia de COVID-19

Addis Abeba Salinas Urbina

A principios del 2020, junto con los buenos deseos para el año nuevo, una desconocida enfermedad aparece en el escenario, COVID-19, un padecimiento ocasionado por un *bicho*, más bien, por el virus SARS-CoV-2. ¿Qué es eso? Me preguntaba todo el tiempo. Poco se sabía, por lo que había mucho por aprender; palabras como *peligro*, *epidemia*, *pandemia* se integraron en nuestro léxico y se convirtieron en temas de conversación habitual.

A pesar de que las autoridades de salud en México enfatizaban día a día el incipiente conocimiento de esta enfermedad, en las redes sociales (Facebook,



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 - 1441 (Versão digital)

Whatsapp, ...) abundaba un sinfín de información vertida por científicos y legos. Entre la variedad de temas, se plantearon discusiones sobre la existencia o no de la enfermedad, su gravedad, las medidas para prevenir el contagio, los productos curativos, la efectividad o no del uso de la mascarilla, y otros más. Todo esto se presentó en artículos académicos y de divulgación, en videos breves o exageradamente largos, intensas discusiones en redes sociales con amigos y familiares o con quien estuviera dispuesto a intercambiar no sólo ideas, sino también intensas emociones. En este contexto, tomar una postura sobre cualquier tema representaba una inversión de tiempo y un importante gasto de energía.

Así, en medio de un ambiente de incertidumbre, el 27 de febrero se registró el primer caso de COVID-19, un hombre de 35 años que estuvo en Italia. Esta noticia, me inquietó y me llevó a estar más atenta a los comunicados diarios sobre el tema transmitidos por televisión. Mi ingenua idea de que el virus no llegaría a nuestro territorio sucumbió para dar paso a la realidad, éste ya había traspasado nuestras fronteras. Mi negación ante el incierto panorama refuerza mi empeño por creer que, como fuertes y decididos mexicanos, libraríamos esa batalla, pero... 20 días después, el 18 de marzo, mi cuerpo temblaba y mi boca se reseca al recibir la noticia de la primera muerte por COVID-19.

El acelerado aumento de casos registrados en el país marcó el inicio de la fase de contagio comunitario. La OMS hacía referencia a una grave pandemia. Ante este escenario la Secretaría de Salud tomaba acciones para mitigar la propagación del virus e iniciaba la Jornada de Sana Distancia, y con ello el confinamiento. Esta medida pretendía que la población permaneciera en su casa, entonces, la circulación quedaba restringida a las actividades esenciales; las autoridades de la UAM-X, acataron prontamente estas medidas e invitaron a la comunidad universitaria a seguir las indicaciones sugeridas por el gobierno federal.

Muchas ideas pasaban por mi cabeza, una de las más persistentes era comprar víveres para poder sobrevivir a la pronta escasez de alimentos —que en mi imaginario sucedería— sólo compré lo indispensable, no caí en la tentación del consumo excesivo. En mis últimas salidas me obsesioné por darles algunas monedas a las personas que encontraba en mis recorridos: limpia parabrisas, malabaristas, músicos callejeros e indigentes, consciente de que ese grupo sería el más afectado cuando las calles de la ciudad empezaran a vaciarse. Las lágrimas recorrían mi rostro y mi cuerpo se estremecía casi en la totalidad de mis salidas de avituallamientos. No estaba segura entonces a qué le temía.

En la universidad, lo último que hice esa semana de ese mes, en el que siempre anhelaba la llegada de la primavera y el esplendor de las jacarandas, fue



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

suspender la presentación final de los trabajos de investigación de los/as estudiantes; sus carteles quedaron enrollados y enlazados y las exposiciones de sus temas suspendidas en el tiempo. El último día que asistí a la universidad, me dirigí a mi cubículo, tomé unas carpetas con documentos y artículos para trabajar en casa y dar continuidad a mi investigación, mientras pasaba el confinamiento. Desconecté mi computadora, como sólo lo hago en las vacaciones de verano, me aseguré de dejar mi cubículo cerrado y caminé por los ya vacíos pasillos de la universidad en busca de algún rostro familiar. No tuve éxito. Ni ese día, ni en muchos que han transcurrido desde ese entonces he vuelto a ver directamente el rostro de alguna de mis queridas colegas, tampoco me he deleitado con sus sonrisas y menos aún, he sentido sus muestras de afecto.

Del 23 de marzo al 30 de mayo, ante la campaña de Quédate en Casa, así lo hicimos. No por voluntad, sino porque no había a dónde ir, todo estaba detenido, tampoco había opciones para la recreación. ¿Qué decidimos? Pues nada más que mantenernos en casa.

Debido a que mi cuerpo y cabeza se mantenían inquietos, no por el encierro, sino por la incertidumbre, y a pesar de que tenía un artículo pendiente por concluir, opté por hacer otras actividades que no eran prioritarias, y en las que no requiriera tanta concentración, ya que, aun cuando me esforzaba, no lograba mantener la atención necesaria para cumplir mis metas académicas. Por tanto, leí un par de libros que tenía sobre autoetnografía, organicé mis papeles para la dictaminadora —tarea por demás tediosa— por supuesto no terminé, pero sí avancé. Hice el dictamen de un libro, leí y corregí un par de tesis, podría parecer que fui muy eficiente, pero no, concluir esas tareas me tomó un largo tiempo, y me ocasionó un excesivo cansancio. No me gusta corregir textos en la computadora, esa no es de mis tareas preferidas, para mí el papel y el lápiz representan un deleite para mi motricidad y mi tacto. Ahora esos placeres también estaban suspendidos.

¿Qué queda? Escuchar, sí, escuchar. Escuchar a mi asesorada quien me comparte su experiencia al coordinar un grupo de enfermeras y me trasmite su angustia cuando me narra que el personal de salud está saturado. Escuchar a una alumna hablar de su vivencia con mujeres, por supuesto, vía telefónica, que asisten a Alcohólicos Anónimos, y a quienes la incertidumbre las invade por no saber las repercusiones de esta pandemia, entre ellas, la muerte de algún compañero. Escuchar lo cansados que están mis estudiantes de comunicarse por Zoom, escuchar las dificultades que tenemos las profesoras para dar clases en internet y vencer las barreras que como inmigrantes digitales enfrentamos. Pero también escuchar a uno y otro trompetista que en el mismo día y a



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 - 1441 (Versão digital)

diferente hora pasan frente a mi vivienda, o al organillero, la marimba, las bandas o a cualquier grupo musical que alerte mis oídos. Esa escucha especial me pone en contacto con esos otros desconocidos que al paso de los días se convierten en mis personas más cercanas, tanto que, al escucharlos, no puedo evitar salir al balcón, moverme al ritmo de su melodía e intercambiar las más cómplices de las sonrisas.

Por fin, una actividad que rompe la cotidianidad: a mediados de julio me programan como jurado en un examen de grado, estoy muy emocionada. Ese día me levanté muy entusiasmada, busqué con gran cuidado -acción que hacía tiempo que no sucedía- una blusa muy colorida y un pantalón de vestir; también escogí unos aretes y un collar que combinaran con mi vestimenta. Cerca de la hora programada para el examen me conecté al Zoom, quería asegurarme que todo funcionara bien. Mi pareja me apoyó y dejamos todo listo. Ante la duda de que, al conectarme pudieran verme sorpresivamente, pusimos un *post-it* amarillo en el lente de la cámara, eso evitaría cualquier riesgo.

Diez minutos antes de la hora programada me autorizaron el ingreso a la sesión, me alegré de ver esas caras del otro lado de la pantalla. Como ya estábamos todos presentes la presidenta del jurado decidió iniciar el examen, sólo que había un inconveniente, yo no me veía en la pantalla. Con voz angustiada solicité el apoyo de los colegas, me dijeron que prendiera mi cámara, pero ésta estaba encendida, sus sugerencias al unísono me impedían entender qué pasaba, y menos aún, cómo solucionarlo.

De repente me percaté de que la puerta de mi estudio se abría sigilosamente, muy discretamente se asomó una cara conocida cuya voz apenas perceptible susurró.

— No te olvides de quitar el *post-it*.

Sentí que los músculos de mi rostro se tensaban, y que un calor atravesaba mi cuerpo, pude contener la carcajada que a punto estuvo de salir descontrolada de mi boca. Sutilmente retiré el papel del foco de la cámara.

— ¡Ay, ya me veo! — expresé

— Iniciemos el examen, dijo la presidenta.

Los integrantes del jurado apagamos nuestros micrófonos para dar paso a la exposición de la doctorante. Fijé mi mirada en la pantalla para poner atención, cuando repentinamente se escuchó... *tatatata*, *tarará* (el tema de la película de Rocky Balboa) era el momento en que mi vecino iniciaba con su rutina de ejercicios. La cotidianidad no tiene ningún miramiento para el seguimiento de la vida académica.



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Han pasado varios meses desde que nuestra vida se transformó, las repercusiones ni nosotros mismos las podemos identificar, como dijo un joven universitario: “hoy no sabemos cómo quedaremos de dañados”; de lo que sí estoy segura es que dejamos de contar. A inicios de abril los muertos se registraban en dos cifras; a mediados de ese mes, en tres; cuatro cifras (1092) un día del mes de junio. El 13 de noviembre, el número de muertes acumuladas, en el país, se acerca a 100 mil. ¿Es esto nuestra Nueva Normalidad?

La pandemia y yo

María Eugenia Valdés Vega

Cuando inició esta pesadilla no fui nada consciente de lo que implicaría para la gente de todo el mundo que nos encerráramos en nuestras casas para protegernos del mal. Al principio de la pandemia, allá a principios de marzo, e inclusive durante las primeras semanas del programa implementado por el gobierno para contener el contagio con el distanciamiento social y otras medidas, no entró entre mis propósitos escribir sobre el confinamiento que las autoridades dedicadas a la salud pública en el país recomendaron para evitar la expansión del virus que provocó la enfermedad conocida como COVID-19. En esos días estaba tan ocupada en mis clases y otros asuntos que realmente no contaba con el tiempo para hacerlo ni era interesante para mí escribir alrededor de un tema que percibía muy distante y ajeno.

Entonces no sabíamos muchas cosas acerca del bicho aparecido en una región de China llamada Wuhan; por ejemplo, se difundieron masivamente los síntomas que se consideraron importantes para detectar al virus y las medidas sanitarias para prevenir el contagio, pero a pesar de que se informó del fallecimiento de algunas personas en el mundo debido al COVID-19 y se registró en México el primer caso de muerte desde el 18 de marzo, pienso que en general no había claridad suficiente de que la enfermedad podía ser un peligro mortal para cualquiera en cualquier lugar. Y, por lo menos personalmente, no tenía idea de que pudiera durar tanto esa primera etapa de encierro para la población en México y en la mayoría de los países del planeta.

Ahora, a varios meses de distancia en los cuales hemos acumulado conocimiento sobre la enfermedad sin que tengamos aún el aliento de medicamentos efectivos para curarla o de una vacuna para prevenirla, creo que ya es posible que escriba sobre mi experiencia personal, algo acerca de lo que hice y no pude hacer, las dificultades para arreglar mi vida cotidiana sin tener contacto con mi familia y amistades, los retos y problemas que enfrenté en las



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 - 1441 (Versão digital)

tareas de docencia e investigación que debo cumplir en el trabajo y, finalmente, para expresar por escrito mis sentimientos y reflexiones por esta situación que ya puedo decir ha sido –es todavía— la más parecida a una guerra que me ha tocado vivir.

Primero fue una sensación de alivio porque la cuarentena empezó casi al mismo tiempo que terminaba el trimestre en la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, donde soy profesora e investigadora, así que ya había terminado todo lo concerniente a la evaluación del curso, una parte muy ardua y desgastante de mi trabajo; me vino muy bien descansar del trajín de esos primeros meses del año que para mí habían sido complicados porque me metí en el concurso para la elección de consejeros electorales y eso me costó un esfuerzo adicional al resto de mis obligaciones. Contaba con muy pocos días para descansar y me pareció excelente quedarme en casa para recuperar fuerzas porque el siguiente curso trimestral comenzaría el primero de abril, lo que ya no sucedió sino hasta el mes siguiente.

De modo que la situación fue propicia para despertar tarde, leer novelas que ni soñando puedo hacer cuando estoy trabajando normalmente, cocinar al horno pasteles y pastas que me gustan mucho y ver películas y series por la televisión como nunca me lo hubieran permitido mis ocupaciones diarias, ¡estaba encantada! Sin embargo, había que retomar el trabajo porque nuestras actividades no podrían realizarse en el *campus* universitario, pero teníamos las mismas obligaciones laborales que están establecidas en nuestro contrato colectivo a pesar de las restricciones en cuanto a movilidad. Además, nos siguieron pagando puntualmente salario, becas y prestaciones, y había que cumplir con nuestros deberes.

Así que desde abril me reincorporé a las actividades docentes primero en una serie de seminarios por internet (*webinar* les llamaron) donde nos capacitaron para impartir clases vía remota en varias plataformas de la red y nos dejaron en libertad de que elegir la que mejor manejáramos. Yo escogí la plataforma llamada Zoom porque, además de que la UAM había comprado una licencia que puso a la disposición de los profesores, ya la había utilizado con mis compañeras del Seminario de Narrativa y en alguna otra ocasión, aunque debo decir que me llevó varias sesiones del curso poder hacerlo bien y en eso me ayudaron mis estudiantes. Sin lugar a dudas, empecé a valorar la situación privilegiada en que me encontraba por tener trabajo, un salario fijo y que todavía no se enfermaba ni moría gente conocida. Pero eso fue cambiando poco a poco.



Revista AMAzônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Aunque el trabajo absorbió mi tiempo y energías entre mayo y julio, en este último mes y especialmente en agosto en que tuve vacaciones y tiempo para observar con más calma lo que sucedía a mi alrededor, fui adquiriendo mayor conciencia de las consecuencias que habían derivado del terrible mal. Si bien en tiempos y ritmos diferentes según hubieran aparecido los primeros contagios, la crisis sanitaria se extendió por el mundo y todo el sistema económico internacional entró en una profunda recesión. La pérdida de trabajos, caída en la producción de mercancías, devaluación de las monedas nos afectó a nosotros también, y a ello se sumaron los problemas para la atención médica de la población infectada debido a la deficiente infraestructura hospitalaria y la falta de personal de salud con capacitación para atender específicamente a los enfermos de COVID-19.

Pero en esta última etapa a mí también empezó a afectarme mucho no ver a mis hijos y hermanos, empecé a extrañar a mis amigas y fueron cada vez más insuficientes las conversaciones por teléfono a causa de que no hay absolutamente nada que pueda sustituir el contacto físico, estrechar las manos, abrazar, besar, verse a los ojos y platicar con los que queremos y necesitamos sin pantalla de por medio. Cuestiones que parecían triviales como ir al súper o a las tiendas, cortarse el pelo, ir al podólogo, hasta caminar por las calles ha estado restringido a lo mínimo y ni se hable de salir a restaurantes, cine o cualquier otro espectáculo donde se congregue un alto número de personas. Ha habido momentos en que sí he perdido la paciencia y me he desalentado por la triste situación en que nos ha encajonado la pandemia y quiero gritar: ¡Ya quiero que se acabe!

Sin embargo, luego trato de recuperar la actitud positiva y el carácter alegre que según mis hijos es lo mejor que tengo. Excepto unos días en que enfermé del estómago y me sentí tan débil que vino a verme un médico, sigo haciendo mi rutina cotidiana de ejercicios, higiene y arreglo personal (maquillaje y perfume incluidos en las videoconferencias de trabajo); continúo con mis horarios de comida y descanso, y me ocupo de la limpieza y orden de la casa. La lectura diaria del periódico y estar atenta a lo que ocurre es otra manera de no sentirme aislada y deprimida. Finalmente, y aun cuando dicen que “mal de muchos, consuelo de tontos”, estoy convencida de que superaremos esta malhadada coyuntura y después aprovecharemos las experiencias y reflexiones compartidas con gran parte de la gente que habita la Tierra para mejorarla entre todos.



Revista AMazônica, LAPESAM/GMPEPPE/UFAM/CNPq

ISSN 1983-3415 (versão impressa) - eISSN 2558 – 1441 (Versão digital)

Bibliografía

Richardson L. (2003) Writing. A method of Inquiry. Citado por Blanco, M. ¿Autobiografía o autoetnografía? Desacatos. Num. 38, enero-abril 2012, pp 169-178.

Secretaría de Salud (2020). Información accesible. Recuperado en: <https://coronavirus.gob.mx>

Universidad Iberoamericana (2020). Breve cronología de la pandemia. IBERO. Revista de la Universidad Iberoamericana. Año XII. Número 68. (Número Especial) Junio-Julio de 2020. Recuperado en: <http://revistas.ibero.mx/ibero/uploads/volumenes/54/pdf/la-vida-despues-del-covid-19.pdf>

Recibido: 16/11/2020. Acepto: 19/11/2020.

Autoras:

Mercedes Blanco. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Ciesas-CdMx).
Correo: mblanco@ciesas.edu.mx

Jennifer Cooper. Facultad de Economía. UNAM. Académica Jubilada.
Correo: cooper@unam.mx

Eugenia Martín Moreno. Profesora-investigadora del Departamento de Política y Cultura. Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco.
Correo: eugeniarusia@gmail.com

Emma Liliana Navarrete López. Profesora investigadora de El Colegio Mexiquense.
Correo: enavarr@cmq.edu.mx

Edith Pacheco. Profesora-Investigadora del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales. El Colegio de México.
Correo: mpacheco@colmex.mx

Dinah María Rochín Virués. Profesora en la Carrera de Psicología. Facultad de Estudios Superiores Iztacala. UNAM.
Correo: dinahmaria@iztacala.unam.mx

Addis Abeba Salinas Urbina. Profesora Investigadora del Departamento de Atención a la Salud. Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.
Correo: asalinas@correo.xoc.uam.mx.

María Eugenia Valdés Vega. Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Iztapalapa
Correo: vvme@xanum.uam.mx.